



(AAN 1217)

000195123

EL SUR - Concepción, sábado 19 de septiembre de 1992

p. 6.

Tribuna

El Arca de Nóaj

Majestad y otoño: Humberto Díaz-Casanueva

Robt Pinjas de Koretz

Nos desembarzamos de unas sofocantes calles santiaguinas para estar, a fines de marzo, pasando del humo a una serena estancia oscurecida, la que dejaba edivinar en su penumbra objetos preciosos de Java, Alemania o Túnez, junto a pinturas, mascarones de proa o dibujos de Rafael Alberti, todo en un delicioso caos que se abría a la luz de una terraza interior y, justo allí, dibujada en la claridad, la figura del poeta aguardando a sus visitantes. Me alargó una mano firme y delicada, sensación que se perdió ante la presencia de su imponente cabeza, mezcla de león y profeta. Con la guía de mi acompañante, otro vate chileno, y la dulzura de Leonora, fui iniciado en el acto casi sacramental de conversar con Humberto Díaz-Casanueva. La serenidad de la tarde sirvió entonces de cofre de evanescentes colores al incendio del encuentro de ideas y afinidades, de filosofía y poemas, de alegrías y dolorosas memorias. Recuerdo que llevaba puesta mi kipá, lo que dio pábulo a recordar que su última obra, *Vox fatuada*, se adornaba en su preludio con la cita de dos judíos excelsos, Paul Celan y Jacques Derridá. La voz exquisitamente cascada del poeta en contraste con la mía, entre sofocada e impaciente, iba trazando con infinita elegancia sus reflexiones en torno al hombre en función de la comunicación

que lo libera y lo aprisiona; en torno al ser, en los despeñaderos ontológicos de Heidegger. Fue fácil, así, encontrarnos en nuestro mutuo cariño por Jacques Lacan con su hombre agazapado tras las rejas del inconciente. Su mujer, dulcemente sugerida por Díaz-Casanueva, nos ofrecía una primera edición de *"El Ser y la nada"* con un autógrafo dedicatorio del mismísimo Heidegger, su profesor en los tiempos alemanes del poeta.

Miré mi reloj: eran ya cerca de las diecinueve. El captó el gesto y me dijo: "¿Tienes que irte al Kabalet?" En ese momento no me atreví a contestarle que se estaba iniciando uno y que él lo oficiaba. Vinieron suaves refrigerios para lo que ya era una declarada fiesta de vivir. Comenzamos a contarnos, justamente, qué había sido para nosotros ese implacable oficio de vivir. Extendimos, pues, como en una mágica alfombra oriental, el periplo con nuestras pasiones a cuestas, de nuestras búsquedas de luz, de las irreparables oscuridades arrojando luces negras sobre nuestras presentes conciencias. Descubrimos la dolorosa coincidencia de la muerte de uno de nuestros hijos y de cómo ello podría vehicular, en el soportar de la angustia, una nueva y poderosa dignidad. Sentía la sensación irrenunciable de encontrarme con un maravilloso ser vivo, con un hombre capaz de encarnar más acá o más allá de sus libros la

insistencia del amar, detrás de las máscaras, o quizás aflorando la carne por entre las hendijas de las corazas con las que uno inviste al otro. Caía franca la noche. La señorial Leonora acercó una manta para protegerlo, se aligeró de ella para quedar convertido, él y su atuendo, en una de esas figuras clásicas que pintara Michelangelo o Durero. Su mirada se hacía distante, parecían envolverlo recuerdos no expresados en la palabra o en la voz. En su emergente silencio había mensajes oraculares que seguían temblando en la espera de un hombre nuevo, de una humanidad más solidaria, de un género humano más fraternal. Al volver a mirarlo comprendí que, sin embargo, ese comienzo en la búsqueda de ese hombre nuevo estaba, acaso, en la colosal fuerza del exquisito viejo que sobre los ochenta años tenía la capacidad de llorar, de reír y de amar.

Nos abrazamos y nos besamos a la antigua usanza, en ambas mejillas, y en la calidez de esa despedida, al alejarme de su regia sonrisa, me descubrí como en el fin de un rito en el cual, al encontrarme con un hombre, con ese hombre, podía entender el sentido del día por el cual el Santo, Bendito Sea, nos dio la vida, y en la que podemos apostar por el terror de la estulticia o la magnificencia de la sabiduría.

Iojanán B. Pinto.

Majestad y otoño, Humberto Díaz-Casanueva [artículo]
Iojanán B. Pinto.

AUTORÍA

Pinto, Iojanán B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Majestad y otoño, Humberto Díaz-Casanueva [artículo] Iojanán B. Pinto.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile